

VIOLETA CASAL: La Voz Femenina de Radio Rebelde



Esta es Violeta Casal, la actriz lorquiana que llevó a la Sierra Maestra su voz cálida y magnífica. La familiar voz de la onda corta que ponía eripaciones de espanto en los oídos de los sicarios de Batista cuando gritaba: ¡Aquí, Radio Rebelde!

VIOLETA no está en su casa cuando llego a visitarla. La casa está llena de libros. Y en las paredes hay colgados cuadros al óleo. De pintores modernos.

En el sofá ha dejado Violeta, en reposo, el rifle que la acompañó todo el tiempo que estuvo en la Sierra Maestra.

Se respira quietud en esta especie de refugio. Mitad hogar, mitad atelier. Y se pregunta uno cómo la dueña de esta casa intelectualmente ambientada, pudo haber sentido el impulso de correr a la

aventura bélica, en los inhóspitos vericuetos de la Sierra.

Ella hacía teatro. Con Otto Sirgo, en Escuela de Televisión. Y vivía aquí. En esta casa. En medio de todos estos libros. Rodeada de estas pinturas.

Como adorno de la biblioteca, hay una paleta de pintor. Como si el artista la hubiese dejado olvidada allí tras pintar uno de estos cuadros. El retrato de Violeta, por ejemplo.

También hay un trofeo ganado por una actuación teatral.

Violeta es actriz. Desde los días de gloria del Teatro Universitario hasta la víspera de tomar el camino de la Sierra Maestra. Había hecho "Medea", de Eurípides. Y "Yerma", de García Lorca. Su voz grave, apasionada y trágica, registraba los matices portentosos que caracterizaban a las heroínas del heleno y el granadino. Cuando se impuso el teatro por televisión, fue de las primeras en destacarse a través de la pantalla hogareña. Pero mujer de su tiempo, no pudo permanecer ajena al terrible drama que desangraba a Cuba. Y también fue de las primeras en figurar entre los activistas del Movimiento de Liberación 26 de Julio.

por **DON GALAOR**

(FOTOS EXCLUSIVAS DE CHARLIE SEIGLIE)

Se está bien aquí. Esta quietud acaba por imponerse al espíritu del visitante. Y si insistimos en pensar lo que fue de la vida de Violeta durante estos últimos meses, más difícil se nos hace relacionar esta quietud con las terribles alternativas sufridas en el campo de batalla.

*

—Violeta, ¿qué hacía usted el día que decidió irse a la Sierra?

—Trabajaba de actriz. Fue lo que hice siempre. En los escena-

rios y en la televisión, no había hecho otra cosa en mi vida.

—¿Y por qué decidió irse?

—Porque Ventura me hacía la vida imposible. Me registraba la casa con frecuencia. Me hacía vigilar por sus sicarios. Y no me sentía segura.

—Quiere decir, que usted, además de trabajar como actriz en Escuela de Televisión, ¿estaba vinculada al Movimiento 26 de Julio?

—Desde luego. La primera vez



Glyn Jones, colaborador de BOHEMIA, que fue esposo de Violeta Casal, pintó este retrato de ella.



No ha perdido Violeta con la vida en campaña, su natural femineidad. Sus manos, se mueven subrayando lo que ella dice. Se mueven discretamente sugeridoras. Como si obedecieran, en el ritmo y en el tono a su voz de graves matices...



Violeta al recuerdo de aquellos días milagrosos, se concentra en su reseña. Se diría que, mentalmente, se ha trasladado a aquellos lugares que se quedarán impresos en su recuerdo perennemente.

que vinieron a registrarme la casa tenía reunión con los muchachos de mi grupo. Pude avisarlos a tiempo para que no los encontraran aquí. Y en el registro minucioso que hicieron en toda la casa no encontraron nada que me comprometiera. Pero a partir de aquel día, los encontraba hasta en la sopa. Por eso decidí irme a la Sierra.

—¿Cómo fue hasta allá, Violeta?

—Pues fui en automóvil hasta Morón. Desde allí en autobús has-

ta Canabacoa. Y a lomo de mulo hasta la Sierra.

—¿Qué fue lo primero que le dijo Fidel Castro cuando la vio?

—Me dijo: "¿Te estoy esperando desde hace diez días!"

—¿Sabía que iba usted?

—Allí se sabía todo. El mismo día que lo decidí se enteró. Por eso me esperaba.

—¿Qué impresión recibió de aquellos lugares, al llegar?

—La impresión de que allí me iba a sentir más segura que paseán-



Al iniciar la charla, Violeta Casal enciende un cigarrillo. Antes de que termine la entrevista habrá encendido dos o tres más.

El fusil, como otro trofeo, ha ido a descansar junto al que le entregara el Patronato del Teatro en 1950, por su magnífica actuación en "Theresa".





Y ríe Violeta Casal recordando cómo ponía furiosos a los soldados de la dictadura, que ellos le pusieran música por Radio Rebelde a los altoparlantes escondidos en las altas palmeras.

dome por las calles de La Habana.
—¿Y qué vida hacía? ¿Cómo vivió?

—Trabajando. Como locutora de Radio Rebelde. Como secretaria. Practicando tiro. Escalando las montañas. Bajando al llano. Fidel Castro es un hombre incansable. A su lado no había reposo.

Yo observo a Violeta Casal mientras me habla. No ha perdido con la vida en campaña, su natural fe-

mineidad. Sus manos se mueven subrayando lo que ella dice. Se mueven discretamente sugeridoras, como si obedecieran, en el ritmo y en el tono a su voz de graves matices.

La voz de Violeta Casal en "Yerma", ¿se acuerdan de ella? Tenía crispaciones mágicas cuando decía: —Dejarme libre siquiera la voz, ahora que me voy entrando en lo más oscuro del pozo. ¡Dejar que de mi cuerpo salga siquiera esta cosa hermosa y que llene el aire!

Esa. La misma voz que los cubanos anhelosos de noticias recibían con miedo y júbilo a la vez por la onda corta: —¡Aquí, Radio Rebelde! Transmitiendo desde el Territorio Libre de la Sierra Maestra!

La estoy escuchando, acurrucada en el sofá, vistiendo el glorioso uniforme verde olivo, y no puerdo por menos que sentirme ganado por la femenina sencillez de sus gestos y el confidencial encanto de sus palabras.

—¿Tuvo miedo, Violeta?

—¡Claro que tuve miedo!

—Maceo decía que era de valientes sentir miedo. Siempre que, con todo y miedo, se peleaba con bravura.

Le dije esto a Violeta para justificar mi pregunta. Pero ella no necesita excusas. Es leal consigo misma y no niega que tuvo miedo...

—Sobre todo una vez que supimos que los aviones de Batista se aprestaban a bombardear el campamento. Recuerdo que Fidel mandó cambiar el panorama. Donde no había árboles mandó sembrarlos. Cambió de lugar techos de guano. Improvisó, en fin, a distancia, la escenografía del campamento, vista desde el aire.

VIOLETA CASAL: LA VOZ... (Continuación)

Violeta, al recuerdo de aquellos días milagrosos, se concentra en su reseña. Se diría que no está aquí, a mi lado. Sino que, mentalmente, se ha trasladado a aquellos lugares que se quedarán impresos en su recuerdo perennemente. Y cuenta...

—Fidel me dijo que lo acompañara. Pero puesto a caminar, no hay quien lo siga. Y pronto se me adelantó en gran distancia. En eso sentí un avión sobre mi cabeza. Sola y a campo traviesa, a merced del avión, sentí que la sangre se me helaba en las venas. Un triste árbol en la agreste soledad me sirvió para girar alrededor de su tronco. Y el avión giraba, a su vez, vomitando metralla. ¡Era para sentir miedo, ¿no cree? Pero cuando me di cuenta que lo había eludido dos veces, fui adquiriendo confianza y hasta me sorprendí conmigo misma de no sentir ya miedo cuando el avión se cansó de jugar con mi vida y se alejó.

—¿Y el bombardeo al campamento?

—Resultó como había previsto Fidel. Los aviones bombardearon el falso cuartel que le improvisamos.

Seigle está retratando a Violeta mientras ella habla conmigo.

Como en sus días de actriz, ella se cuida mientras tiene la cámara dispuesta a disparar.

Pero se olvida cuando el tema

la apasiona. Cuando los recuerdos llenan de alegría sus ojos claros y de risa su boca.

Por ejemplo, cuando me está contando cómo en los encuentros belicosos, los técnicos instalaban altoparlantes en lo alto de las palmas para hablarle ella y los otros locutores a los soldados de la dictadura.

—Primero, antes de entablar combate, el propio Fidel les hablaba, conminándolos a rendirse. Les decía porqué estaban peleando ellos. Y porqué peleábamos nosotros.

—¿Y daba resultado?

—¡Sí! Una vez se pasaron a nuestras filas hasta ochocientos soldados.

Y ríe ahora.

—¿Por qué se ríe?

—Porque lo que más enardecía a los soldados del ejército es que le pusiéramos música cuando estaban peleando.

—¿Música?

—Y canciones, y guarachas que habían sido compuestas en la Sierra. ¿Cómo era posible que tuviéramos ánimo de hacer música mientras nos jugábamos la vida? Era cosa que no acertaban a comprender.

Tiene muchas cosas que contar Violeta. Yo me estaría escuchándola toda la tarde. Pero este encuentro con ella en su casa pudo efectuarse, porque le había prometido.
(Continúa en la Pág. 142)



Una fotografía de Violeta Casal, de sus días de actriz magnífica: "Yerma", "Medea", "Theresa"...



Cuando confirmó que el régimen de opresión había caído, Violeta Casal se quedó sin habla. Con un nudo que la agarrotaba la garganta...